

Fernández, Víctor Manuel

*La vida sacerdotal de los cristianos según la
carta a los Hebreos*

Revista Bíblica Año 52, 1990

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *La vida sacerdotal de los cristianos según la carta a los Hebreos* [en línea]. *Revista Bíblica*, 52 (1990) http://www.revistabiblica.org.ar/articulos/rb52_145.pdf Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/vida-sacerdotal-cristianos-carta-hebreos.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

[145]

LA VIDA SACERDOTAL DE LOS CRISTIANOS SEGÚN LA CARTA A LOS HEBREOS

Víctor M. Fernández

La carta a los Hebreos no habla explícitamente del sacerdocio de los cristianos; es decir, no usa ningún término sacerdotal para referirse a los cristianos. Algo distinto es lo que ocurre en 1 Pe 2,5.9, donde se describe a los cristianos como “sacerdocio”, destacando así su especial dignidad: forman un organismo sacerdotal en estrecha dependencia de Cristo. Los sacrificios espirituales que ofrece este organismo sacerdotal (2,5) parecen ser de orden existencial; el contexto (1, 15. 22; 2, 1. 12) indica que los sacrificios espirituales son “una conducta santa”.¹

Otro texto fundamental es Apoc 1,5-6, que no usa como 1 Pe un nombre colectivo (“sacerdocio”), sino el plural concreto “sacerdotes” y así atribuye la dignidad sacerdotal a cada cristiano.² Según este texto “la asamblea sabe que Jesús la ha constituido como potestad real, reino en un sentido activo: se tratará de combatir el mal con el bien, como Jesús y junto con él, para hacer que reine el bien. La potestad real está unida al sacerdocio de todos: toda la vida, comprometida para hacer que el bien triunfe sobre el mal, en nosotros y en los demás, se convierte en culto a Dios y realiza sin solución de continuidad una mediación sacerdotal de salvación para todos los hombres”.³ Este sentido activo de “sacerdotes” está reafirmado luego en 5,10.

Pero el hecho de que Hebreos no utilice ningún término sacerdotal, como vimos que lo hacen 1 Pe y Apoc, no significa que no nos habla de ningún modo sobre el sacerdocio de los cristianos.

¹ Vanhoye, A., *Testi del N.T. sul sacerdozio*, Roma, 1976, pág. 130.

² Vanhoye, A., *Sacerdoti Antichi e Nuovo Sacerdote*, Torino, 1985, pág. 221.

³ Vanni U., *Apocalisse*, Brescia, 1982, pág. 67.

[146]

De hecho, la novedad de la vida cristiana está descrita como una capacidad sacerdotal: Podemos entrar en el santuario (10,19; 6,19; 9,8), tenemos un altar (13,10), salimos fuera del campamento (como el sumo sacerdote: 13,13 = Lv 16,27; 4,12), ofrecemos un culto agradable a Dios (12,28; 9,14), que es un verdadero sacrificio (13,15-16). Porque con su oblación no sólo llegó Él a la perfección (2,10; 5,9), convirtiéndose en Sumo Sacerdote fiel y misericordioso (2,17), sino que nos llevó también a nosotros a la perfección (10,14). De modo que, si Cristo llegó a ser Sumo Sacerdote por su *sacrificio* (9,11-12; cfr. Sabourin: “Liturgie du sanctuaire et de la tente véritable”, en *New Test. Stud.* 18, pp.87-90), los cristianos, puesto que pueden ofrecer *sacrificios* agradables a Dios (13,16), ejercen una verdadera acción sacerdotal.

Aunque, dice Vanhoye, tanto en 1 Pe como en Hebreos, “los creyentes participan del culto sacerdotal, pero no ejercitan la *mediación* sacerdotal”.⁴ Es que nosotros no nos acercamos a Dios sino *por él* (7,25); si podemos entrar en el santuario es por *su* sacrificio: por su sangre y por el velo de su carne (10,19); si salimos fuera del campamento es *hacia él* (13,13); y porque él es el Mediador (8,6; 9,15) nos acercamos a él (12,22.24), porque es *su* oblación la que nos santifica (10,10) y es *por él* que nosotros ofrecemos nuestro sacrificio (13,15). Además, en 12,28 leemos: *latreúomen euarestos*, “tributemos un culto agradable”, y, según Spicq,⁵ “la elección del verbo *latreuo* es significativa, porque tiene siempre en la Biblia un sentido religioso, que designa el servicio sagrado de todo el *pueblo*, y se opone a *leiturgeo*, reservado a los sacerdotes y levitas”.

Es decir, nuestra acción sacerdotal es totalmente dependiente del Sacerdocio de Cristo, de su “culto” o “liturgia” (8,6). Somos su casa (3,6; 10,21-22); *por él* Dios nos hace agradable a sus ojos (13,21). Pero si nosotros nos acercamos a él (13,13) para ser rociados con su sangre (12,24) y así recibir la gracia, la santificación (13,12; 4,16; 9,14; 14,28), es porque Él se acercó a nosotros, porque participa de nuestra sangre y carne (2,14) y —por su sacrificio—se *hizo* semejante a nosotros en todo (2,17; 4,15).

Por todo este decimos que “con Cristo todo ha cambiado. Las separaciones han quedado abolidas, un camino nuevo y viviente se ha inaugurado (10,20). Abolida la separación que persistía entre la víctima ofrecida y Dios, porque Jesús, víctima sin mancha, que ha

⁴ Vanhoye, A., *op.cit.*, pág. 200.

⁵ Spicq, C., *op.cit.*, pág. 319.

[147] recibido con docilidad total la acción transformante del Espíritu de Dios, se ha hecho plenamente agradable a Dios y ha entrado en el mismo cielo (9,24). Abolida la separación entre el sacerdocio y la víctima: en la ofrenda de Cristo, sacerdote y víctima forman una sola cosa, porque Cristo es el mismo. Su sacrificio lo ha santificado como víctima y consagrado al mismo tiempo como sacerdote. Abolida igualmente la separación última, la que impedía al pueblo unirse al sacerdote, porque la pasión de Cristo es un acto de *asimilación* completa con sus hermanos, acto que funda la nueva solidaridad, más estrecha que nunca, entre Él y ellos. Cristo es un sacerdote que asocia al pueblo a su sacerdocio (10,14).⁶

Decimos, entonces, que los cristianos ejercen, en unión con Cristo y en íntima dependencia de este Sumo Sacerdote, una verdadera acción sacerdotal. Nos preguntamos ahora en *qué consiste* esa actividad sacerdotal; es decir: ¿cuál es o cuáles son los sacrificios que ofrecemos los cristianos, según *Hebreos*?

Por eso ocupamos ahora el *paralelismo* que podemos establecer entre la figura sacerdotal de Cristo y la existencia cristiana. Y no podemos menos que pensar que la vida cristiana estará concebida por el autor de Hebreos según el modelo del “autor y consumidor de nuestra fidelidad” (12,2), del Sumo Sacerdote que “se asemejó en todo a nosotros” (2,17).

Para confirmar esta intuición bastaría citar un hecho: la misma expresión “hacer la voluntad de Dios”, que define el sacrificio de Cristo (10,7-9), se aplica a la vida cristiana (10,36; 13,21). Pero podemos llegar a una mayor explicitación. Para ello acudimos en primer lugar al capítulo 13 que, al mismo tiempo que brinda una serie de consejos para la vida cristiana, se presenta como una verdadera síntesis final de toda la epístola. Y vemos en esta exhortación final que se pide a los cristianos que imiten la “fe” de los pastores que les expusieron la Palabra (7), con lo cual reencontramos el apelativo de “fiel” con el que se define al Sumo Sacerdote Jesús (2,17). Pero no aparece en cambio “misericordioso”, mientras que sí encontramos una exhortación totalmente novedosa, única en Hebreos, que requiere una explicación: “Ofrezcamos... un *sacrificio de alabanza*, es decir, el fruto de los labios que celebran su Nombre” (13,15).

El “sacrificio de alabanza» era un sacrificio de comunión ofrecido

⁶ Vanhoye, A., *op.cit.*, pág. 175.

[148] en alabanza o acción de gracias, al que se agregaban panes y tortas ázimas (Lev 7,12). Este simple sentido de agradecimiento se encuentra en otros textos que hacen mención del sacrificio de alabanza. Así, en 2 Cro 29,31, después de ofrecer víctimas para consagrar el pueblo a Yahvé, el rey Ezequías invita a la asamblea a ofrecer víctimas y sacrificios de alabanza. También en algunos salmos; así en 56,13-14: “Te ofreceré sacrificios de alabanza porque Tú salvaste mi vida de la muerte”; lo mismo en 116,16-17: “Tú has soltado mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza”. Pero en otros textos del A.T. la expresión “sacrificio de alabanza” se desliga del sacrificio material y deviene símbolo de otra realidad existencial. Es el caso del salmo 50, en el cual leemos: “El que ofrece sacrificios de alabanza me da gloria”. Pero en este sacrificio ya no interesa la “carne de toros o la sangre” (v.13), sino una conducta *recta* (v. 23b.); pero ni siquiera valen las palabras (v. 16) unidas a obras impías e injustas (vv. 18-20); sólo da gloria a Dios “el que ofrece sacrificios de alabanza” (v. 23b.).

Pero en esta “espiritualización” del “sacrificio de alabanza” encontramos dos corrientes: una que se refiere a una actitud hacia Dios (la oración, la fe), y otra que se refiere a una actitud hacia los hermanos; *éleos*, “misericordia”.

Veamos:

a) El uso de la expresión “sacrificio de alabanza” para referirse a la relación con Dios, especialmente a la oración, se deriva inmediatamente del sentido propio del sacrificio “en alabanza”. Así, la separación de la alabanza a Dios de su contexto de sacrificio material se descubre, por ejemplo, en el salmo 51,17-18: “Publicaré mi boca tu *alabanza*, pues *no* te agrada el *sacrificio*”. También un fuerte sentido de oración descubrimos en Jer 33,11, donde Yahvé anuncia el fin del destierro diciendo que se volverá a escuchar la voz de “cuantos traigan sacrificio de alabanza a la Casa de Yahvé diciendo: ‘Alabad a Yahvé Sebaot, porque es bueno Yahvé, porque es eterno su amor’”.

Parece ser éste el sentido de la expresión en Hebreos 13, 15. Al menos así parece darlo a entender la misma aclaración que hace el autor: “...es decir, el fruto de los labios que celebran su Nombre” (13,15b.); además, retomaría así otro aspecto de Cristo Sacerdote, que es su actitud *orante*, descrita en 5,7.

b) Otra corriente veterotestamentaria ha usado la expresión “sacrificio de alabanza” para referirse a la misericordia, quizás porque los panes que caracterizaban al sacrificio de alabanza son el objeto común de la limosna (Is 58,7a.). Así, hallamos un ejemplo extremadamente claro en Eclo 35 (32), 2: “El que practica la *misericordia*

[149] ofrece un sacrificio *de alabanza*". También encontramos que "la misericordia redime de las iniquidades» (Dan 4,24; cf. Heb 9,12), y que "libra de la muerte y *purifica* de todo pecado" (Tob 12,9). Lo mismo descubrimos en Eclo 3,30 y Prov. 10,12.

Pero para poder ubicar a Hebreos 13,15 en esta corriente del A.T. resta una dificultad: la aclaración que hace el mismo autor: "es decir, el fruto de los labios que celebran su Nombre", que parece invitarnos a interpretar "sacrificio de alabanza" como "oración". Sin embargo, encontramos también en el A.T. un uso muy especial de "fruto". Así, leemos en Prov 19,22 (LXX), que "el fruto del hombre es la misericordia"; pero, mejor aún, hallamos "fruto de la boca... de los labios" usado en un sentido que va más allá de "palabras", en una concretización más material y operativa: "Con el *fruto de la boca* sacia el hombre su vientre, con el *fruto de sus labios* se sacia" (Prov 18,20); y en otro texto exactamente paralelo (Prov 12,14): "Por el *fruto de su boca* se harta de bien el hombre, cada cual recibe el salario *de sus manos*", con lo cual "fruto de los labios" pasa a ser el símbolo de la actividad del hombre, de las obras de las manos. Nótese además que, si bien en este último texto la versión hebrea dice "de sus manos", los LXX (citada por Hebreos) traducen "de los labios", con lo cual este texto se coloca en parentesco con Hebreos 13,15.

Podríamos decir entonces que Hebreos, siguiendo una rica tradición, entiende el "sacrificio de alabanza", el "fruto" que alaba a Dios, en el orden de la fraternidad. Y la misma estructura de 13,15-16 parece reforzar este sentido.

Según la estructura quiástica del pasaje, "el fruto de los labios que alaban su Nombre" se identifica con "hacer el bien" y "vivir en comunión". La expresión *eupoias* es *hapax* [única] en el Nuevo Testamento, aunque podríamos encontrar un equivalente en *eu poiesai* de Mc 14,7, donde habla claramente de la ayuda a los pobres. En cambio *koinonía* es más común (Hch 2,42; Rom 15,6; 2 Cor 8,4; 9,13; 1 Tim 6,8, etc.), y tiene siempre un sentido de comunión fraterna y solidaridad (tb. en Hebreos 10,34).

Por otra parte, para reafirmar la interpretación "fraterna" del "sacrificio agradable a Dios", tiene especialmente importancia un paralelo que hallamos en la literatura paulina; es Flp 4,18, donde la "ofrenda de suave aroma, sacrificio agradable a Dios" (cfr. Heb 13, 16b) es la limosna de los filipenses.

Pero también podemos hallar este tema en la tradición sinóptica, donde la misericordia aparece como un medio especialísimo para recibir el perdón de los pecados. Así, los misericordiosos tendrán

[150] misericordia (Mt 5,7 = pasivo teológico), si nosotros perdonamos el Padre nos perdonará (Mt 6,14), si no juzgamos no seremos juzgados (Mt 7,1; 18,35); y Lucas transforma el “sed santos como Yo soy santo” (con todo su sentido de pureza *ritual*: Lv 11,44-45) en “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). Es muy posible que Hebreos retome esta tradición veterotestamentaria, que continúa en el N.T., según la cual la misericordia es un medio privilegiado de redención de los pecados y el sacrificio cristiano especialmente agradable a Dios.

Pero ahora, retomando la tradición veterotestamentaria, consideremos otro texto en el que hallamos un especial parentesco con Heb 13,15; es Oseas 14,3, donde reencontramos la expresión “fruto de los labios” como expresión de conversión, como una ofrenda agradable a Dios; pero nos interesa un paralelo interno al libro de Oseas:

6,1-6	14,2-9
<i>Volvamos a Yahvé: 1a.</i>	<i>Vuelve a Y ... volved: 2 y 3.</i>
<i>Vendrá a nosotros como lluvia temprana: 3b</i>	<i>Seré como rocío para Israel: 6a</i>
<i>...nos dará la vida...</i>	<i>. Sus ramas crecerán... harán crecer el trigo,</i>
<i>nos hará resurgir: 2a.</i>	<i>florecerán...: 7 y 8</i>
<i>Quiero misericordia,</i>	<i>En vez de novillos te ofreceremos</i>
<i>no sacrificios: 6a.</i>	<i>el fruto de nuestros labios: 3a.</i>

Vemos así la equivalencia entre *éleos* y “fruto de los labios”; pero interesa determinar cuál es en Oseas el sentido de *éleos*. Sabemos que en los LXX es la traducción de *jésed*, cuyo sentido fundamental es “bondad, misericordia”,⁷ pero conviene precisar su significado en Oseas. En 12,7, unido a *krima* se opone a la injusticia para con los hombres y a la explotación (12,8-9); en 2,21 se une a “compasión”, con lo cual se confirma su sentido de “fraternidad”, su dimensión horizontal. Pero considerando la temática y la finalidad general de Oseas, *éleos* parece tener el sentido primordial de amor y fidelidad para con Dios, aunque con una exigencia ineludible de justicia y compasión fraterna; así nos lo sugiere también la repetida invitación de “volver a Yahvé”. De todos modos, el sentido fraterno tiene mucha fuerza, y con este sentido lo retoma Mt 9,13, donde, usando la expresión “misericordia quiero y no sacrificio”, Jesús justifica su

⁷ Davidson W., *op.cit.*, pág. 268.

[151] preocupación por los pecadores y publicanos. Así también lo entendió más tarde Máximo el Confesor.⁸ Entonces, la misericordia, con este poder “redentor” y su valor superior al de los sacrificios, reaparece en Hebreos al punto de describir, junto con “fe”, las actitudes fundamentales de Cristo Sacerdote (2,17). Esto nos confirma la posibilidad de dar al “sacrificio de alabanza” en Hebreos 13,15 (en la síntesis y exhortación final de Hebreos), un sentido de fraternidad, de *éleos*, tanto más digna de crédito cuando recordarnos que el autor conoce y cita abundantemente el A.T.

Pero cabe reconocer que todos los elementos que consideramos no nos dan total seguridad sobre el sentido principal que el autor da a “sacrificio de alabanza”. De todos modos, en tal conocedor del A.T., no se puede pensar que, aun entendiendo fundamentalmente “sacrificio de alabanza” como una actitud hacia Dios, no haya, tenido para el autor fuertes resonancias en el orden de la fraternidad, de la *éleos*. Y precisamente la dificultad para determinar el sentido principal de esta expresión nos confirma una vez más que lo que cuenta para el autor de Hebreos es la estrecha unidad de los aspectos, con lo cual armoniza perfectamente con todo el contexto bíblico, y especialmente neotestamentario, donde las actitudes en relación a Dios y el amor al hermano se presentan como inseparables. Así en Mt 5-7; 22,36-40; Hch 10,4b.; Col 3,12-17; Stgo 2,14-17; 1 Jn 2,10; 3,4.17; 4,8.20. 21. Y ya el A.T. solía presentar explícitamente unidas “misericordia» y “fe”; así Prov 16,6 (15,27a. en LXX); también Prov 3,3 y lo mismo Oseas 2,21-22a.

Si consideramos, finalmente, la otra importante exhortación de Hebreos: 10,19-39, vemos que, a la vez que presenta sintéticamente los elementos fundamentales de toda epístola, invita a una vida cristiana en la que se entremezclan las actitudes que definen los dos sacrificios “sacerdotales”. De este modo, la vida sacerdotal de los cristianos, como la de su supremo modelo, Cristo Sacerdote, no debe caracterizarse por una relación mística con Dios que se desinteresa del hermano, ni por una preocupación social separada de una relación con Dios, sino por la íntima unidad, por la armonía vital de estos dos aspectos en una vida a la vez toda de Dios y toda de los hermanos. Porque el sacrificio de Cristo no sólo es el acto supremo de obediencia y fidelidad al Padre, sino también, como dice Vanhoye, “un acto de asimilación completa con sus hermanos”.⁹

⁸ Máximo el Confesor, PG 91, 765 D.

⁹ Vanhoye, A., *op.cit.*, pág. 175.

[152]

Así, dirigiéndose a los cristianos “todavía seducidos por el prestigio del culto fastuoso de Jerusalén, el autor afirma que toda su existencia renovada por la gracia, tiene, en Cristo, valor de homenaje religioso a Dios”,¹⁰ y que “la vida cristiana *toda entera* puede ser considerada como una *función cultural*, porque se obtiene y realiza gracias al sumo Sacerdote celestial”.¹¹

Hemos visto así el paralelo que existe entre nuestra vida sacerdotal y la de Cristo Sacerdote. Nosotros estamos injertados en él porque él se hizo semejante en todo a nosotros, y llegado a la perfección por su sacrificio nos perfeccionó a nosotros. Por esto, nuestras actitudes fundamentales, las que definen nuestra actividad sacerdotal (nuestro sacrificio), son imitación y participación de las actitudes sacerdotales de nuestro Sumo Sacerdote, “fiel y misericordioso”.

¹⁰ Ibid., *pág.* 420.

¹¹ Spicq C., *op.cit.*, *pág.* 319.